

Lukac de Stier, María L.

Sentido y límite de la visión filosófica sobre el dolor y la muerte

Vida y Ética. Año 9, N° 2, Diciembre 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Lukac de Stier, María L. “Sentido y límite de la visión filosófica sobre el dolor y la muerte”[en línea]. Vida y Ética. 9.2 (2008). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/sentido-limite-vision-filosofica-dolor.pdf>
[Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

SENTIDO Y LÍMITE DE LA VISIÓN FILOSÓFICA SOBRE EL DOLOR Y LA MUERTE

*Ciudad de Santa Fe,
viernes 13 de junio de 2008*

INSTITUTO DE BIOÉTICA / UCA - VIDA Y ÉTICA AÑO 9 N° 2 DICIEMBRE 2008

Dra. María L. Lukac de Stier

- Profesora, Licenciada y Doctora en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA)
- Profesora Titular Ordinaria de Filosofía en la UCA
- Ha sido profesora visitante en varias universidades europeas y norteamericanas
- Es Profesora Honoraria de la Universidad Autónoma de Guadalajara (México), colaboradora extranjera del *Centre Thomas Hobbes* de la Université Paris Descartes (Sorbonne) y miembro de la *International Hobbes Association*.
- Actualmente se desempeña como Investigadora independiente del CONICET
- Es Presidenta de la *Asociación de Estudios Hobbesianos* de la Argentina, Tesorera de la *Sociedad Tomista Argentina*, Miembro Correspondiente de la *Pontificia Accademia Romana di S. Tommaso d'Aquino*, Miembro Fundador del *Consejo Académico de Ética en Medicina*, dependiente de la *Academia Nacional de Medicina*, Miembro del *Instituto de Bioética* de la *Academia Nacional de Ciencias Morales y Jurídica* y Miembro de Número de la *Academia del Plata*
- Entre sus publicaciones se destacan: *Neomarxismo yugoslavo. Aspectos doctrinarios* (1981); *El fundamento antropológico de la filosofía política y moral en Thomas Hobbes* (1999); *Perspectivas latinoamericanas sobre Hobbes* (compiladora, 2008). Ha colaborado en catorce volúmenes colectivos y ha escrito cerca de un centenar de artículos de su especialidad en revistas filosóficas argentinas y extranjeras.

Palabras clave

- Dolor
- Muerte
- Cultura
- Trascendencia

RESUMEN

Dolor y muerte son acontecimientos naturales e inevitables en la vida humana. Sin embargo, su consideración varía a lo largo de la historia de la humanidad debido a modificaciones culturales. Desde una perspectiva hedonista, ni uno ni otra parecen tener sentido. La experiencia de la muerte aparece o bien como una paradoja inaceptable o bien como la liberación de una existencia desesperante. Sólo recobrando el sentido trascendente de la vida puede el hombre encontrar un significado al dolor y aceptar con naturalidad y esperanza la muerte.

Dolor y muerte son acontecimientos naturales e inevitables en la vida humana. Sin embargo, su consideración varía a lo largo de la historia de la humanidad debido a modificaciones culturales, tal como lo ha mencionado el Dr. Padrón. De su excelente trabajo desearía destacar algunos puntos.

En primer lugar la pérdida de la reverencia frente a la muerte, manifestada tanto en la elusión de la muerte como en su frivolidad, aún más, como contrapartida lógica de la pérdida de la reve-

rencia frente a la vida. Ya Philipp Lersch en su obra *El hombre en la actualidad*, se refería a la pérdida del contacto directo con la vida como una de las consecuencias de la racionalización de la misma. "La reverencia ante la vida [...] no entiende de la vida biológicamente, sino como inescrutable creación divina, que es la que confiere a cada ser su valor incanjeable. [...] La reverencia es una especie de disposición a aceptar en las cosas un sentido profundo y coherente que trasciende el mundo cotidiano". [1] Sólo recuperando esa reverencia frente a la vida será posible *desbanalizar* la actitud contemporánea frívola o elusiva frente a la muerte, como "aquello de lo que es mejor no hablar".

En segundo lugar, deseo destacar cómo la reflexión filosófica indica que el hombre es el único viviente que tiene conciencia de su condición mortal; por eso la Filosofía puede ayudarle para que encuentre un sentido a la muerte a partir del hecho de reconocer y asumir un sentido en su vida personal. Retomando el *Fedón* de Platón hemos de encontrar en la filosofía tanto un "aprender a morir" como un "aprender a vivir", un aprendizaje no sólo intelectual sino también práctico-moral. En el hombre, tener

[1] LERSCH, Philipp, *El hombre en la actualidad*, Madrid, Gredos, 1982, p. 96.

conciencia de su condición mortal implica tener conciencia de su contingencia y de su posición y posibilidad frente a lo Absoluto y Necesario. Desde su condición perfectible podrá proyectar su vida como un continuo ascenso, no desprovisto de avances y retrocesos, hacia el Bien perfecto. En ese estado de *homo viator* el hombre asume su destino y encauza su vida abierto a la Trascendencia. Esta actitud lo dispondrá para asumir la muerte como el "paso" o el "tránsito" a una nueva vida plena y eterna. Como es posible leer en *Evangelium vitae*: "La vida que Dios da al hombre es mucho más que un existir en el tiempo. Es tensión hacia una plenitud de vida, es germen de una existencia que supera los mismos límites del tiempo: 'Porque Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza' (Sb 2, 23)". [2] Humanamente, esta noción de una cierta incorruptibilidad no podrá eliminar el miedo a lo desconocido, pero podrá aliviar la angustia existencial frente al "horror del no-ser".

Me pareció, en tercer término, muy sugestiva diferenciación entre consumir y consumir. La Filosofía debe ayudar al hombre a distinguir entre el consumir y el consumir, entendiendo a la muerte,

entonces, no como una vida consumida, acabada, sino como el acto de consumación de la existencia personal.

Un ejemplo del consumir la vida la ofrece el hombre contemporáneo que ante la vida que nace y la vida que muere no es capaz de dejarse interrogar sobre el sentido más auténtico de su existencia, asumiendo con verdadera libertad estos momentos cruciales de su propio existir, preocupándose solamente del "hacer" y del "tener". Recurre, entonces, a cualquier forma de tecnología que le permita programar, controlar y dominar el nacimiento y la muerte. De ser experiencias originarias en las que el hombre puede consumir su existencia, pasan a ser cosas que el hombre, reductivamente y de modo ilegítimo, pretende "poseer" o "rechazar". [3] Sostiene Juan Pablo II: "Si el hombre ama instintivamente la vida porque es un bien, este amor encuentra ulterior motivación y fuerza, nueva extensión y profundidad en las dimensiones divinas de este bien. En esta perspectiva, el amor que todo ser humano tiene por la vida no se reduce a la simple búsqueda de un espacio donde pueda realizarse a sí mismo y entrar en relación con los demás, sino que se desarrolla en la gozosa conciencia de poder hacer de la

[2] JUAN PABLO II, *Carta encíclica Evangelium vitae*, 25 de marzo de 1995, n. 34.

[3] Cfr. *ibidem*, 22.

VIDA Y ÉTICA

propia existencia el 'lugar' de la manifestación de Dios, del encuentro y de la comunión con Él". [4]

Es por esto que el Dr. Padrón sostuvo que el ideal sería que la muerte tuviera el "estilo" fundamental de la propia vida de la persona, que hubiese, en lo posible, una coherencia entre ambas siendo entonces la muerte ese acto de consumación de una vida bien vivida, en el que la persona toma el contacto directo con el Absoluto.

En cuarto lugar, el Dr. Padrón, en una apretada síntesis mostró la impotencia de la razón filosófica ante el sentido último de la muerte, tanto en la filosofía antigua cuanto en la moderna y contemporánea, porque ese "sentido del sentido" sólo aparece cuando hay una apertura a la Trascendencia y al Ser Absoluto Personal. Lo que la filosofía contemporánea busca en lo inmanente, incluso a través de una teología secularizada, no responde satisfactoriamente a la pregunta del por qué del mal, de la muerte de inocentes, etc. Como cristiano, es posible afirmar que sólo a la luz de la Pasión de Cristo el dolor y el mal en los inocentes adquiere sentido. Redimiéndonos mediante el sufrimiento que culmina en la Cruz, Cristo, el inocen-

te por antonomasia, ha elevado juntamente el sufrimiento humano a nivel de redención. Consiguientemente, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo. [5] "La participación en los sufrimientos de Cristo es, al mismo tiempo, sufrimiento por el reino de Dios. A los ojos del Dios justo, ante su juicio, cuantos participan en los sufrimientos de Cristo se hacen dignos del Reino de los Cielos. Mediante sus sufrimientos, éstos devuelven en un cierto sentido el infinito precio de la pasión y de la muerte de Cristo, que fue el precio de nuestra redención: con este precio el reino de Dios ha sido nuevamente consolidado en la historia del hombre, llegando a ser la perspectiva definitiva de su existencia terrena. Cristo nos ha introducido en este Reino mediante su sufrimiento. Y también mediante el sufrimiento *maduran* para el mismo Reino los hombres, envueltos en el misterio de la redención de Cristo". [6]

Además, la victoria de Cristo sobre la muerte funda en el cristiano la esperanza en la resurrección prometida y la certeza de la inmortalidad futura, proyectando una nueva luz sobre el misterio del sufrimiento y de la muerte, infundiendo en el creyente una fuerza extraordinaria

[4] *Ibidem*, 38.

[5] Cf. JUAN PABLO II, *Carta apostólica Salvifici doloris*, 11 de febrero de 1984, n. 19.

[6] *Ibidem*, 21.

para aceptar el plan de Dios. Conviene aquí recordar las palabras de san Pablo: "Ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos ya muramos, del Señor somos" (Rm 14, 7-8). Tal como lo explica la *Evangelium Vitae*, morir para el Señor significa vivir la propia muerte como acto supremo de obediencia al Padre, aceptando encontrarla en la "hora" querida y escogida por Él, que es el único que puede decir cuándo el camino terreno se ha concluido. "Vivir para el Señor significa también reconocer que el sufrimiento, aun siendo en sí mismo un mal y una prueba, puede llegar a ser fuente de bien. Llega a serlo si se vive con amor y por amor, participando, por don gratuito de Dios y por libre decisión personal, en el sufrimiento mismo de Cristo crucificado. De este modo, quien vive su sufrimiento en el Señor se configura más plenamente a Él y se asocia más íntimamente a su obra redentora a favor de la Iglesia y de la humanidad". [7]

Por último, me pareció digno de destacar y reflexionar acerca de la interpretación del tiempo de agonía como ocasión para el paciente, el médico, los fami-

liares y amigos para recobrar el rostro humano de la muerte, cada uno desde su perspectiva. Como ocasión para contemplar la muerte y asumir perfectamente nuestra finitud, y en esto involucro a todos los protagonistas, no sólo al que agoniza. Ocasión para que en el paciente que agoniza se produzca el progresivo abandono del cuerpo y el ascenso al encuentro con el Absoluto. También ocasión para que, en los médicos, la impotencia científica ceda el paso a la sabiduría que surge del reconocimiento de la dignidad de la persona que va al encuentro con ese Absoluto que es la Persona Divina, momento en el que él, el médico, junto a los familiares, es un testigo. En ese ascenso de la persona humana y en el encuentro con ese Absoluto Personal se entiende esa famosa expresión de Pascal, que el Dr. Padrón parafraseó hacia el final de su comunicación, cuando sostuvo que "el hombre trasciende infinitamente al hombre". [8] Este misterio es abordado también por el Concilio Vaticano II cuando afirma: "En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque [...] Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, *manifiesta plenamente el hombre al hombre* y le descubre la subli-

[7] Cfr. ibidem, 14-24. JUAN PABLO II, *Evangelium vitae*, op. cit., n. 67.

[8] PASCAL, Blas, *Pensées*, ed. Brunschvicg, París, Garnier Frères, 1960, 434.

VIDA Y ÉTICA

midad de su vocación". [9] Si estas palabras se refieren a todo lo que contempla el misterio del hombre, entonces ciertamente se refieren de modo muy particular al sufrimiento humano. Precisamente en este punto el "manifestar el hombre al hombre y descubrirle la sublimidad de su vocación"es particularmente indispensa-

ble. Sucede también -como lo prueba la experiencia- que esto es particularmente dramático. Pero cuando se realiza en plenitud y se convierte en luz para la vida humana, esto es también particularmente alegre. "Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte". [10]

[9] CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et spes*, n. 22.

[10] JUAN PABLO II, *Salvifici doloris*, op. cit., n. 31.